— Mamá me ha encargado antes de salir que diese algunas órdenes á Paulina, dijo la joven á su hermano. Déjame dar esas órdenes. Eso será mejor que pasar la tarde haciéndonos daño...

IX

UN CORAZÓN DE SOLTERA (*continuación*).

Es verdad que esta conversación le hizo demasiado daño á Juan, tanto, que no tuvo fuerzas para prolongarla en aquel momento, ni para reanudarla durante la tarde, que la pasó toda paseándose solo de la Sorbona á la biblioteca de Santa-Genoveva para matar el tiempo, como extrañado de que no hubiera ocurrido ningún cambio en la decoración de ese barrio del Panteón, que acababa de ser para él el teatro de escenas tan trágicas. Los sucesos producidos por causas profundas tienen esas alternativas de explosión y de calma. Se parecen á esos terremotos que manifiestan el trabajo secreto del fuego debajo de un suelo minado. A lo mejor ocurre un brusco bamboleo de formidables sacudidas... Después viene el silencio, la inmovilidad, la continuación, ansiosa en el fondo, tímida y sin embargo activa, de las costumbres anteriores; hasta que una nueva sacudida más terrible completa de golpe el cataclismo. Entre el encuentro con M. Ferrand y su hija en el paseo solitario del Luxemburgo, y esa conversa-

ción con Julia, el joven experimentó una serie de accidentes á cuál más terribles y repentinos... ¡ Y nada! Las horas habían pasado y cuando se encontró en su casa, á la caída de esa tarde, y llegó la hora de comer y la de la tertulia, hubiera podido creer que esas escenas no habían sido más que un sueño : — un sueño, el rompimiento con la que él amaba; — un sueño, las frenéticas y estúpidas discusiones de la deplorable *Unión Tolstoi* y la rabia denunciadora del primo pobre; — un sueño, la vuelta á la casa paterna y la siniestra explicación con Antonio; — un sueño, la impudente confesión de éste; — un sueño, la súplica de Julia por la mañana y el paso que había dado cerca del padre de Brígida; — un sueño, en fin, sus dos visitas finales á la oficina y á la casa de Rumesnil, tan preñadas de peligros próximos.

Toda la familia se hallaba reunida, cosa que ocurría pocas veces. Pero era un día de vacaciones y estaban todos en el salón, después de haber comido á la usanza de provincias, á las seis y media. El aspecto apacible de la habitación concordaba tan poco con las violentas peripecias de esos dos días, que parecía inverosímil. Nada más lógico, sin embargo. Los Monnerón, al pasar, como lo habían hecho, de una clase á otra, sin iniciación previa, sin estación intermedia, habían conservado de su origen campesino esta característica : eran enteros y profundamente naturales. Esta sencillez de maneras es la que da una fisonomía patriarcal, para un observador superficial, á tantas familias de funcionarios, devoradas, como ésta, por secretas miserias. Al verlas no se descubre más que una atmósfera de bonachonería... Eran las nueve. La alta lámpara de petróleo colocada sobre la mesa, cubierta con un tapete verde manchado, alumbraba con su fuerte luz, apenas atenuada con una

pantalla de grabados falsos del siglo XVIII, al profesor que estaba anotando copias de los alumnos, trabajo que hacía con la misma conciencia durante los treinta años que llevaba de profesorado. La intransigencia de sus convicciones se manifestaba por observaciones célebres entre sus alumnos. Por ejemplo, á propósito de una frase en la que uno de esos retóricos quiso mostrarse atrevido elogiando la « espléndida corrupción del Renacimiento... » llegó á escribir un día al margen : « *Cúrese usted del veneno aristocrático.* » Ó bien, al frente de una lección en la que Alfredo de Musset figuraba por encima de Víctor Hugo, había estampado estas severas palabras : « *Estética de golpe de Estado.* » Ó bien aún, al frente de una nota de José de Maistre, este aforismo : « *El gran talento criminal no tiene derecho á hablar.* » En todo Jacobino hay algo de Prudhomme, y los más letrados, desde que se ven poseídos de la manía revolucionaria, despliegan ingenuamente esta grotesca solemnidad de « pensadores virtuosos, » que da á las sesiones doctrinales de la Convención el aire de una carga dispuesta ex profeso para regocijo de *Bouvard y Pecuchet*. Algunas veces el profesor, cuando corregía las copias en familia, interrumpía su trabajo para comunicar á sus hijos si estaban presentes, ó en su defecto á su mujer ó á su hija, una frase que le parecía notable. Así es como esa noche interpeló repentinamente á Juan :

— De veras que tiene talento el pequeño Ravenel... Yo le había dado un trabajo sobre Rousseau. Escucha esto, Juan. Paso en silencio el detalle de una comparación, que es bastante trivial, entre una nación y un árbol. Pero ¡ cómo le ha robustecido con este rasgo final! Escucha : *Llega un momento en que el pueblo despertado se cansa de ser la raíz, cuyo trabajo subterráneo*

procura alimento á las ramas altas que gozan del cielo y del sol; en que el tronco se fatiga de ser el canal de la savia que va á desarrollarse en la cima en ramilletes perfumados; en que el árbol entero quiere ser flor... Esto es soberbio .. y repitió : « *En que el árbol entero quiere ser flor...* » ¡Qué feliz fórmula para nuestra democracia! Eso es lo que soñamos todos para el pueblo... ¡Ah, qué bien dicho está! (Pero no distinguía la extravagancia de esta imagen de caricatura, que por sí sola condenaba todo el sistema, puesto que suponía resultados sin sus condiciones). Y luego continuaba : Tengo gusto, ó por mejor decir, verdadera dicha en pensar que hoy esas ideas son corrientes, y que ese es el punto de partida de nuestros retóricos. En lugar que á nosotros nos daban á estudiar el *Elogio del príncipe Jerónimo, Hieronymi principis laus.* Sí, yo estaba en la cuarta clase cuando los lacayos del Hombre de Diciembre se atrevieron á insultar á la juventud dictando en el concurso general esta materia de versos latinos. Pero las estancias vengadoras de Richard llegaron hasta Tournón :

No comprendéis que nuestras silenciosas veladas
Han hecho de cada uno un republicano;
Que no podemos sufrir nuestras cadenas; que nuestros poetas
Son los Juvenal, los Hugo, los Lucain...

¡Qué desgracia que Richard haya muerto á los veinte años! ¡Qué desgracia! Tú te debes acordar, dijo dirigiéndose á su mujer, esos son los versos que yo recité en tu casa cuando me convidaste á la primera tertulia...

Y se puso á corregir la lección de Ravenel, que le había traído á la memoria uno de los ídolos de su liturgia íntima, á ese Jacobo Richard, que tuvo su hora de

celebridad por haber ridiculizado en una pieza satírica mal imitada de los *Chatiments*, al « Tío del tirano », en lugar del panegírico propuesto como tema á los colegiales de 1860. No una sola vez, sino treinta, había recitado el profesor á sus hijos ese trozo insípido, siempre con la misma admiración. Su gusto, que era exquisito, no llegaba á disipar el prestigio que ejercían sobre él esos malos versos. Su mujer le había escuchado con la boca abierta como si comprendiera que, en efecto, el retórico del Imperio no había podido « soportar sus cadenas ». Y había dejado sobre sus rodillas la interminable banda de tapicería que hacía y deshacía después de muchas noches. Esta labor estaba destinada á guarnecer el canapé del salón que dejaba ver la trama, como el resto del ajuar que habían comprado de lance al llegar á París. Era una de esas operaciones en que sobresalía la mujer del funcionario, amigo de parecer é incapaz de una adquisición estudiada y concienzuda. La madera de mala calidad se había torcido. El dorado de pacotilla había tomado tonos amarillentos y desiguales de un efecto deplorable. La tela no presentaba ya más que un dibujo borrado. Y para mostrar que eso no era un simple accidente, la pieza de tapicería, sin estar siquiera acabada, dejaba ver repulgos de lanas mal casadas que la provinciana, acostumbrada al «poco más ó menos» de su casa natal, justificaba diciendo.

— Cuando todos los colores se hayan pasado, no se verá más que un borrón.

Y la casa natal, dejada con sentimiento, se le apareció al lejano recuerdo de antes de su boda evocado por su marido, y respondió :

— ¡Que si los recuerdo! Al abuelo Granier le gustaban tanto, que los había copiado para enviárselos al general...

— ¿Al abuelo Granier le gustaban los *galones?...* dijo Gaspar, en quien las conversaciones del profesor, siempre dispuesto á denunciar el peligro pretoriano cuando ya había hablado bastante del peligro clerical, habían desarrollado un precoz antimilitarismo que prometía para lo porvenir.

— ¡ Oh ! repuso José Monnerón, ese general no era como los otros... Y añadió respetuosamente : Era Garibaldi.

« ¿ No es verdad, padre, que es también de Richard este hermoso verso, preguntó Antonio : « *Haeer vibrar al menos tu nombre, Garibaldi...* ? » Esta oportuna reminiscencia, que le valió una afectuosa sonrisa del padre, tenía por objeto, así como su presencia en casa esa noche, el disipar los últimos vestigios de sospecha que hubiera podido guardar José Monnerón. El taimado no se había mostrado nunca más zalamero, ni más familiar, al tener las madejas de lana de su madre y hacer juegos de cartas para su joven hermano con habilidad inquietante, y todo eso para el padre engañado, para quien esta simple cita de un alejandrino revolucionario equivalía á un diploma de pureza moral. La historia de la decadencia en que se abisma desde hace cien años nuestro país, sería incomprensible si no se tuviera presente un rasgo poco estudiado de la psicología del jacobino. Por más que se quiera « reconstituir la sociedad humana, como decía Bacon que era preciso reconstituir el entendimiento humano, » (es la fórmula de uno de ellos, del triste Chamfort, de ese cortesano de tanto genio que la Revolución ha aburrido y deshonrado antes de matarle,) no hay medio de librarse de sus atavismos. Del número de estos es el sentimiento religioso. El Monnerón — este es el caso de hacer de este nombre propio el nombre

genérico de toda una clase — es un cristiano que ha aplicado á ideas abstractas é inexactas las devociones de esos ativismos. No tiene esas ideas como se tienen opiniones ; las tiene como se tiene un culto. De ahí proviene la severidad indignada de su juicio respecto de los disidentes. El Monnerón, — que se mostró tal cual es en el golpe de Estado del diez y seis de Mayo, en el movimiento plebiscitario suscitado por Boulanger, y últimamente en las circunstancias que todos sabemos, — el Monnerón, digo, no se contenta con combatir á sus adversarios, sino que los considera como seres de conciencia inferior. No le basta aplastarlos por cualquier medio y sin ningún escrúpulo, porque el Monnerón completo es delicado en otra cosa. Desprecia á sus adversarios, como á simples malhechores y los trata como tales sin vacilación ni remordimiento. Diríase que es suyo el monopolio de la honradez política. Esta disposición de alma explica la imposibilidad de adquirir la menor experiencia, que caracteriza á esta clase de alucinados sinceros. Por eso no han llegado ni llegarán jamás á establecer un gobierno ; sino que están condenados á tiranizar. Pero pagan, por otra parte, su fanatismo por la facilidad con que les engañan los sicofantes que fingen participar de sus principios. No pueden ya juzgar á cualquiera que piense ó simule pensar como ellos. Antonio conocía bien este punto débil del carácter de su padre, á quien de ordinario solía exasperar, pero no así esa noche, en que convenía mostrarse hijo virtuoso y por tanto republicano, y el cándido profesor se dejaba engañar. ¿ No vivía engañado hacía ya muchos años por políticos de baja categoría, como su antiguo camarada de escuela, racionalista y doctrinario, discípulo de Kant y *chanchullero* desvergonzado, con quien había pasado

la tarde y cuyo nombre mencionó al responder á su hijo?

— Sí, ese verso que no has olvidado, es de Richard. ¡ Muy bien, muy bien!... Hoy lo decía yo en casa de Barantín á unos diputados de su grupo que retroceden ante la chillería de los clericales por la ley de enseñanza : yo conozco bien la materia. He educado á dos muchachos y estoy educando al tercero; yo les desafío á que dejen de ser republicanos. ¿ Por qué? Porque los he sustraído desde la cuna á toda influencia reaccionaria; porque he asociado todos sus recuerdos de infancia á impresiones republicanas... Tú mismo has podido ser tentado alguna vez, como todos los parisienses de tu edad, por el escepticismo... Ya sé que has oído que nos tratan de utopistas. ¿ Utopistas? Bueno. Precisamente por los utopistas ha progresado la justicia en el mundo. Ante todo, vivamos en lo absoluto. Eso es lo que os he enseñado desde que existís, y veo con gusto que queda ese fondo. El poeta latino nos ha dejado hermosos versos sobre este particular :

... Nunc adbibe puro
Pectore verba, puer. Nunc te melioribus offer.
Quo semel est imbuta recens, servabit odorem
Testa diù...

Esos antepasados lo han dicho todo. ¡ Qué genios !... Justificad siempre esos versos de Horacio, hijos mios. »

El amante de Angela d'Azay, el Montborón de los garitos del *boulevard*, el falsario de la oficina del *Grand Comptoir*, el estafador de la calle *de Varenne* hizo una señal de asentimiento con la cabeza. El malandrín no había cesado de tener para su hermano y su hermana, desde que se habían encontrado cara á

cara, esa mirada de camorrista en guardia que, acechado por dos antagonistas, observa sus menores gestos, dispuesto á parar y á atacar. Éstos por el contrario, habían fingido que no le veían. Ambos se habían sentado en el salón, á corta distancia de la mesa, embebidos en la lectura. Los dos habían escogido un libro de texto del programa del examen que iban á pasar : ella, un compendio de Literatura francesa; él, el *Timeo* de Platón, que merecieron la aprobación de su padre, el cual, después de haber visto los títulos de los libros, les dijo :

— « Tenéis mucha razón : *Singulas horas, singulas vitas puta*... Consideremos todas las horas como otras tantas existencias ; ese es el mejor medio de aprender mucho. Son palabras del viejo Séneca. En el colegio yo las había tomado por divisa, que me valió mi rango en la Escuela. »

— « Yo, replicó la madre, desearía hacerles leer un *Manual de la urbanidad pueril y honesta*. No dejarían de ser buenos profesores por ser más amables y corteses... »

Juan no había hecho caso á esta nueva salida de su madre, como tampoco á la actitud insolente de Antonio, ni á la jerga de Gaspar, ni siquiera á las palabras de su padre. Después de tales advertencias y ante semejantes evidencias, el optimista había vuelto á sus utopías — aceptaba esta palabra como un título de honor — con serenidad absoluta en que había, sin embargo, un poco de voluntad. ¿ En el fondo de su mirada no quedaba la traza de la herida recibida, á pesar de fingir y querer afirmar que no la había recibido? Pero Juan no tenía ya la fuerza de enternecerse por esas complicaciones, ni la de sostener su papel de « consolador. » El enigma de las relaciones

de su hermana con Rumesnil ocupaba todo su pensamiento. Que Antonio era un miserable, condenado desde luego á los peores azares de una existencia aventurera, ya lo sabía ahora, como sabía de tiempo atrás que no tenía cura el irrealismo del profesor. Ni por uno ni por otro podía hacer nada en ese momento; mientras que Julia atravesaba una crisis en que su deber era intervenir y veía con claridad el medio. Ya no tenía necesidad de preguntarle; pues lo que ella le había dicho era demasiado claro, aun en sus reticencias. Ella esperaba que Rumesnil se casaría con ella. ¿Qué había hecho éste para sostener esa esperanza? ¿Qué había hecho ella por su parte para conquistar al camarada de sus hermanos? ¿La había engañado con falsas promesas? ¿Ó se habían engañado ambos? ¿Había querido sólo la joven un magnífico casamiento, como parecía desprenderse de sus palabras, ó bien, so pretexto de ambición, había entregado imprudentemente su corazón? Ahí estaba el misterio, siempre impenetrable y angustioso. Juan tenía una ocasión segura de poseer la clave. Esa explicación con Rumesnil, con que había amenazado á su hermana para arrancarle una confesión, era preciso provocarla cuando Rumesnil volviese el martes, al mismo tiempo que le entregaría el dinero que Antonio le había pedido prestado. Entonces le prohibiría sus visitas á la calle *Claude Bernard*, como lo había anunciado, y Rumesnil tendría que explicarse. Ó no tenía con Julia más que relaciones de galantería y suspendería sus visitas, ó sus intenciones eran serias y pediría la mano de la joven. Este razonamiento sencillo, y como tal digno de un « Monnerón », no comprendía una hipótesis, la única verdadera: que la joven fuera dueña del corazón de Rumesnil. La imaginación de Juan era todavía muy

tierna y pura para fijarse en una idea que envolvía visiones muy sucias. Durante esa noche en que su quimérico padre llenaba de notas las copias de sus alumnos, enunciando sus axiomas optimistas, — en que su injusta é incapaz madre trabajaba con indolencia en la tapicería, — en que el cínico Antonio y el odioso Gaspar manejaban uno después de otro las dos barajas grasientas, Juan miraba á su hermana de reojo, y se entregaba á ese trabajo de análisis que tantas veces había ensayado, pero nunca con tanta lucidez; y la veía transparente hasta el último repliegue obscuro de su alma, que le reservaba para más tarde tan trágica sorpresa. En ese momento, descifraba primero, en su rostro taciturno, la miseria moral que este pobre ser le había manifestado por la tarde con acento de rencor. ¿Contra quién? Contra aquella familia allí reunida; contra los elementos de enfermedad esparcidos en la atmósfera de la casa, que adolecía de mala construcción. Por las mismas líneas de su cara se veía que la joven era una naturaleza mixta, con tendencias intelectuales heredadas de su padre y con la ignorancia heredada de su madre. Por este doble atavismo se parecía á Juan y á Antonio á la vez. De este último, — la forma gruesa de su barba y el borde sensual de sus labios rojos que contrastaban con su color pálido, lo revelaban demasiado — tenía los apetitos plebeyos que no se paran en barras para realizar sus deseos. París la había desorientado con el espejismo de la vida de lujo y de placer infantilmente envidiada desde que la percibió. Por otra parte, la inquietud sentimental que tenía de su hermano Juan, que ennoblecía su frente y sus ojos, le había hecho funesto ese deseo de ambición. No tenía tanta inteligencia como Juan para interpretar á los

suyos. Había llegado á comprender á su familia lo bastante para reconocer su desequilibrio secreto ; pero no para descubrir las grandes leyes sociales cuyo ejemplo palpable era la incoherente tribu de los Monnerón, por esta misma incoherencia. De todos los de su familia le causaba desprecio alguna cosa : de su padre, ese utopismo simplón ; de su madre, el desorden y la estupidez ; de su hermano Antonio, la hipocresía y la rusticidad ; de Gaspar, las desvergonzadas maneras y la burla precoz ; de Juan, la incertidumbre y la morbosidad. De suerte que había perdido todo punto de apoyo en su familia, y además, ningún freno moral había reprimido su sensibilidad desarreglada. Ciertas almas críticas y ardientes no se gobiernan con fórmulas tan vanas y tan vacías como esta moral de la « solidaridad humana » que siempre tenía en la boca el profesor anticlerical. Creía reemplazar con estas dos palabras la tradición viva de orden y amor encarnada en la Iglesia. No comprendía que esta expresión de la dependencia relativa de los seres unos respecto de otros, tiene dos significaciones : la una, provechosa, que era la sola que quería ver. ¿ Pero todas las ferocidades de la lucha por la vida no están justificadas por esa fórmula ? El león es solidario de su presa, puesto que sin ella no puede vivir. Sólo que su solidaridad consiste en matarla y devorarla. Antonio, que á fuerza de experiencia personal era muy perspicaz, había creído leer profundamente en ese corazón de muchacha, cuando había dicho de ella : « Tiene mucha defensa. » Y en efecto, la tenía, en teoría, por haber traducido en su dura brutalidad los principios de la moral independiente. Realmente, no tenía mucha, no tenía ninguna, porque era una débil joven de veintiún años sin experiencia, sin verdadera energía, una sencilla enamorada, en el fondo, con ideas de ambición. Juan no iba hasta este último fondo y empleaba la fórmula de Antonio. Estas definiciones rastreras y familiares, decididas y casi quirúrgicaes, sugestionan fácilmente las inteligencias meditabundas como la suya, muy predispuestas á perderse en colores indefinidos. Se contentaba con ésta y se servía de ella para resumir sus reflexiones sobre Julia y sobre la aventura secreta á que la había arrastrado su carácter de joven apasionada y abandonada, exaltada y desengañada, ambiciosa y desmoralizada ; y él también, por otros motivos, decía, como Antonio había dicho mucho tiempo :

— No. No ha pasado nada irreparable entre ella y Rumesnil. Es tan orgullosa, que no habrá hecho más que imprudencias que yo atajaré desde el martes.

Tal fué la resolución con que se acostó ese día que había empezado con una tempestad íntima y que acababa con una calma amenazadora. Al día siguiente se levantó en medio de esa calma. ¡ Qué horas tan crueles hasta el martes, y qué largas le parecieron al calcularlas de antemano, tanto más largas cuanto que temía ahora otra nueva explicación con su hermana ! Tenía miedo de que ella le preguntase sobre su proyecto y que tratase de que no le llevase á cabo. Durante estos cuatro días tuvó la sorpresa de que Julia le esquivase tanto como él huía de ella. Esta reserva de la joven habría debido darle mucho que pensar ; pero no pudo adivinar su resolución que era precisamente contraria á la suya. El día siguiente, ó sea el sábado, volvió él á la calle *de Varenne* para preguntar si no se tenían noticias sobre la hora de regreso de Rumesnil. Y habiendo recibido la misma contestación « que el señor conde volvería el martes, » tomó la resolución de escribir cuatro letras á su camarada para suplicarle que estuviese en

su casa el miércoles por la mañana, á las diez, « porque tenía que hablarle de un asunto importante. » La vaguedad de estas palabras convenían igualmente al empréstito de dinero que había hecho Antonio y á las visitas del joven noble á Julia Monnerón. Contaba con que Rumesnil no prolongaría su regreso á París, porque tenía que asistir el miércoles por la noche á la conferencia del padre Chanut en la *Unión Tolstoi*. Preocupado por esta carta no dejaría de encontrarse en su casa. Tomada esta resolución, Juan empezó á emplear, para pasar esos cuatro días interminables, el procedimiento que le había aconsejado su padre, el citador de Séneca : *Singulas horas...* y se encerró en su cuarto para estudiar, empleando tres sesiones por día, ese *Timeo* de Platón que figuraba en el programa de estudios. Y las horas empezaron á pasar lentas, pero tolerables. Aun en sus preocupaciones, el joven se sentía embargado poco á poco por el encanto de este sutil y fuerte pensamiento. A veces se estremecía hasta la medula de los huesos cuando ciertas frases le recordaban á Ferrand y á la dulce Brígida. Así, el célebre trozo en que se encuentran simbolizados la grandeza y los beneficios de las creencias tradicionales : « Entonces, en este templo de Sais, rodeado por el Nilo, uno de los sacerdotes más ancianos dijo al viajero : « Oh Solón, « vosotros, griegos, siempre seréis niños, y no hay un « solo griego digno del hermoso nombre de anciano. « « — Y Solón preguntó : ¿ Qué quieres decir ? — Que sois « muy jóvenes en cuanto á vuestras almas », respondió « el sacerdote. « No poseéis ninguna doctrina transmi- « tida por vuestros mayores, ninguna enseñanza dada « de siglo en siglo por cabezas blancas... » Estas líneas incitaban á Juan á leer el grueso volumen. Con la cabeza apoyada en una mano, sentía de nuevo el fecundo

alcance de las ideas del conservador de la calle *de Tournón*, por una parte, conformes á las inmutables afirmaciones de los sabios de todos los tiempos, por su misma conformidad con las leyes fundamentales de la naturaleza humana, — y por otra parte, el error destructor de las ideas del innovador de la calle de *Claude-Bernard*. Y después venía la ilusión de óptica en que caen siempre los hombres pensadores ; de suerte que los hechos actuales en que figuraba como actor, perdían su realidad presente. No se cuidaba de verificar si continuaban en el mismo estado en que los había visto. En el intervalo de sus sesiones de estudio, ya no miraba á Julia, por ejemplo, con la misma energía de aplicación que había empleado los últimos días. No se daba cuenta de que también ella esperaba ese martes en que Rumesnil debía volver, con una fiebre que le encendía los ojos, le abrasaba las mejillas y le quemaba la frente y las manos. Era la querida que va á saber si su amante la ama con amor verdadero, la doncella madre en vísperas de probar el corazón del padre de su hijo. Ó sencillamente, amaba con ese amor que el mismo Platón ha descrito en *Timeo*, como petrificado de voluptuosidad y de dolor : ἡδονὴ καὶ λύπῃ μεμιγμένου ἔρωτα « Estos ancianos lo han dicho todo, » hubiera repetido José Monnerón, pero, lo peculiar del « Monnerón » es saber eso, es comprender y sentir las verdades eternas que nuestros maestros de Grecia y de Roma han explicado tan bien, y no aplicarlas jamás á la vida.

Cuando Julia se vió libre del interrogatorio de su hermano segundo, tuvo una terrible crisis de desesperación. Juan no se había equivocado sobre un rasgo de su naturaleza : era orgullosa. En varias ocasiones, al principio de sus relaciones, Rumesnil había intentado hacerle aceptar esos regalitos que son la suprema ten-